

LOS SONIDOS DE MONTEVIDEO

Autor: NICOLAS FERREIRA LAMAITA

Categoría: Poesía

Publicado el: 17/11/2013

LOS SONIDOS DE MONTEVIDEO

(Mi barrio también fue un poema)

Crecí en un barrio, con bajada hacia el "Río de la Plata", un barrio de silencios, pero lleno de característicos sonidos. Sus casas bajas, de un solo piso, no atajaban los ruidos, viajaban sin obstáculos, se escuchaban las estridentes bocinas de los barcos entrando o saliendo del puerto. El primer sonido, proveniente de este, se escuchaba a las siete de la mañana, era el (vapor de la carrera) el Ciudad de Montevideo o el Ciudad de Buenos Aires, entrando a muelle, que a las diez de la noche volvería a zarpar hacia la otra orilla del Río de la Plata. Casi pegado, estaba la estación terminal de trenes, en su constante ir y venir de sus formaciones nos enviaban el silbido de las locomotoras a vapor, viajando libres, alcanzando distintos barrios de Montevideo. Otro de los sonidos que nos acompañaban a diario, provenían de los cuatro motores de los hidroaviones, que en sus distintas frecuencias de ida y vuelta a Buenos Aires buscando las aguas de la bahía, acuatizaban frente al cerro. Casi acariciaban los techos de nuestras casas, ¡tan bajo volaban!! que alcanzábamos a ver los rostros de los pasajeros. Hasta el tan tan de los tranvías, llegaban a nuestros oídos que decir del campanario de la iglesia de La Merced, llamando a misa. Eran épocas en las cuales no existían las grandes superficies o supermercados barriales, solo pequeños almacenes. instalados en distintas esquinas, donde el vecindario se proveía. Traían también sus sonidos, un mercado paralelo compuesto de vendedores ambulantes, que no eran casuales, sino de todos

los días, el verdulero, con su carro tirado por un caballo, al cual conducía, caminando a su costado llevando en sus manos las riendas, pues no convenía subir al pescante, para bajar cada pocos metros. Pregonaba su oferta del día, "duraaaaazno a cuarenta el ciento", ¡ se imaginan!!, ¡ cien duraznos por cuarenta centésimos de peso!!! por supuesto, nadie compraba cien, ¿donde los ponían? en esa época muy pocos tenían un refrigerador. El panadero, con su jardinera de grandes ruedas de acero, sonaban fuerte sobre el empedrado de la calle, acompañado por los cascos del caballo, que con sus herraduras, sacaba chispas sobre los adoquines. El carro repartidor de hielo en el verano, el Frankfuterero, el vendedor de pizza y fainá, el barquillero, el manisero el afilador, casi todos inmigrantes Españoles e Italianos, personas de bién, que contribulleron a formar nuestra identidad, todos nos traían sus sonidos particulares. Más luego venían los sonidos del carnaval, mi barrio, era el que mas tablados tenía, donde las familias se reunían noche a noche, a disfrutar de las murgas y distintas comparsas, desparramando por el aire sonidos de bombos, platillos y tamboriles. Eran épocas de casas con puertas abiertas todo el día, sin miedos, sin rejas, con balcones luciendo macetas de encarnados malvones, de sentarse por las tardecitas de verano a tomar mate en la vereda, charlando con algún vecino, y disfrutar un barrio de silencios, pero lleno de caracteristicos sonidos.

En homenaje a mi viejo barrio de la Comercial

Nicolás Ferreira.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [NICOLAS FERREIRA LAMAITA](#)

Más relatos de la categoría: [Poesía](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)